



Las notas que dejamos de tocar

No son las notas que se tocan,
sino las que no se tocan
Miles Davis

Gráficas por: Diana Paola Echeverría

Por: Derek Congram

Asesor internacional en
antropología y arqueología forense.
dcongram@unidadbusqueda.gov.co

En el centro de España se encuentra el pueblo de Uclés, una localidad de aproximadamente 400 habitantes que alberga un monasterio de origen medieval. Durante la Guerra Civil española (1936-1939), dicho monasterio fue utilizado como hospital de campaña. Tras la victoria de los sublevados en abril de 1939, el recinto fue convertido en prisión.

Llegué a Uclés en el verano de 2006. El año anterior, una ONG —la Asociación para la Recuperación de la Memoria Histórica, capítulo de Cuenca— había iniciado un proyecto

para dar respuesta a familias de personas desaparecidas, aquellas que creían que sus seres queridos habían muerto en el hospital o la cárcel. No existía un mapa de fosas ni documentación del hospital, apenas algunos registros de la cárcel, más allá de listas con nombres y fechas de ejecución. Lo demás eran relatos orales, compartidos en voz baja por algunos habitantes de edad avanzada, que aún hablaban del tema con cautela: las exhumaciones dividían al pueblo y, según decían, “hay que tener cuidado” (¿incluso setenta años después?).



Antes de llegar a Uclés, una excolega que había participado en el inicio del proyecto me comentó: “El proyecto es muy valioso, pero presenta dificultades. Hubo conflictos entre los equipos encargados de las exhumaciones y del análisis de los restos. Todos estaban muy motivados, pero surgieron desacuerdos sobre qué era viable hacer y cómo debía hacerse”. Supuse entonces que esos desacuerdos ya se habrían resuelto.

En 2007 me solicitaron que dirigiera las exhumaciones y realizara un análisis preliminar de los restos de quienes habían muerto o sido ejecutados en el lugar. Se trataba de un análisis inicial, ya que todos los restos serían trasladados posteriormente a una universidad en Madrid para su estudio e identificación.

Por las mañanas, nos dedicábamos a excavar en busca de fosas y a exhumar los cuerpos; por las tardes, analizábamos los restos óseos en una bodega alquilada, oscura y austera: hombre, entre 17 y 21 años, trauma craneal compatible con proyectil de arma de fuego; hombre, entre 33 y 40 años, fractura multifragmentaria en radio y cúbito derechos, junto con una fractura incompleta en la octava costilla izquierda, con un defecto semicircular, también indicativo de lesión por proyectil; hombre, entre 41 y 58 años, con amputación de la pierna izquierda por debajo de la rodilla... y así sucesivamente. Los vecinos hablaban de una pareja de mujeres que, según contaban, habrían sido encarceladas por su relación amorosa, luego ejecutadas y enterradas juntas. Había tantos relatos como cuerpos exhumados, pero establecer correspondencias entre ambos resultó sumamente complejo. Se localizaron varias fosas comunes —de once, cinco y

dos cuerpos— pero todos eran hombres.

Para ese momento ya habíamos exhumado varias decenas de cuerpos, una cifra muy superior a la que figuraba en la lista de personas oficialmente ejecutadas, y aún quedaba mucho por excavar.

Comencé a preguntarme: ¿cuál era la probabilidad real de identificar a estas personas, considerando que todos eran hombres, que no existían registros confiables y que nuestro contacto con familiares era limitado, no superior a una decena? Planteé esa misma inquietud a los organizadores del proyecto. Su respuesta fue clara: exhumar era mejor que no hacerlo.

Argumentaban que aquellos cuerpos no estaban enterrados en un lugar digno y que merecían una sepultura adecuada. Tal vez, decían, con el tiempo surgiría nueva información que facilitaría su identificación. Tal vez conseguiríamos los recursos necesarios para realizar pruebas de ADN, dado que el Gobierno no mostró disposición alguna a colaborar. Tal vez...

Un día, una señora se acercó caminando al sitio de las exhumaciones. La saludé de la misma manera que a los demás visitantes —entre quienes, ocasionalmente, se encontraban policías e incluso un sacerdote—, pese a que, según la iglesia local y la alcaldesa perteneciente al partido conservador, estábamos exhumando “rojos”, es decir, personas asesinadas por su supuesta afiliación al gobierno republicano.

La señora comenzó a relatar: “Cuando tenía ocho años, dos Guar-

días Civiles llegaron a mi casa trayendo un colchón. Me dijeron: ‘Este era de tu papá, ya no lo necesita’, y uno de ellos tocó su pistola”, como asegurándose de que la niña comprendiera claramente el mensaje implícito sobre la naturaleza del nuevo orden social bajo el gobierno militar. Continuó diciendo: “Mi padre era un criminal y lo mataron; recibió lo que merecía. No quiero que nadie exhume su cuerpo”. Nunca imaginé que alguien con un familiar desaparecido pudiera oponerse a las exhumaciones. Aunque esto obedecía a mi propia ignorancia, en medio de un contexto sumamente complejo y marcado por la violencia.

El proyecto concluyó en agosto de 2007, con un total de 428 cuerpos exhumados, todos trasladados posteriormente a la universidad en Madrid. Aunque debí regresar a Canadá para continuar mis estudios, ofrecí colaborar en las labores posteriores de análisis e identificación de los restos; no obstante, el profesor encargado del proyecto nunca respondió a mi ofrecimiento.

En 2012 recibí, de forma inesperada, el correo electrónico de un familiar de una persona presuntamente exhumada en Uclés. Me comentó que habían pagado por una prueba de ADN para confirmar la identidad de un esqueleto que ellos creían que correspondía a su ser querido.

Por algún motivo, nadie dio seguimiento a dicho análisis y los restos permanecieron guardados en una caja, olvidados en un estante de la universidad. Tras conocer esta situación, contacté a tres científicos españoles para solicitarles ayuda en la revisión de la documentación y los resultados del análisis genético. Los tres coinci-

dieron: la identificación era positiva.

Sorprendido por este contacto y la solicitud de la familia, escribí a los responsables del proyecto original. Su respuesta fue desconcertante: “Es complicado”, me dijeron. “El trabajo realizado en la universidad no resultó muy fructífero. Un estudiante italiano hizo una revisión parcial de los esqueletos, generó algunas hipótesis de identificación, publicó su tesis doctoral y luego regresó a su país”. Así, años después de las exhumaciones y del análisis preliminar, solo se habían realizado algunas pruebas de ADN que permitieron identificar a 9 de las 428 personas exhumadas. El resto de los cuerpos permaneció almacenado en cajas de cartón sobre estantes universitarios, como si fueran meras reliquias arqueológicas. Familiares indignados exigieron explicaciones y resultados. Finalmente, presentaron una queja formal ante la policía, que emitió una orden clara: “devuelvan todos los esqueletos a Uclés para realizar un entierro colectivo en el cementerio local”. Y allí quedaron, 419 víctimas anónimas de la Guerra Civil española, sepultadas nuevamente en “tierra santa”, esta vez en cajas de cartón.

En otra ocasión, recuerdo particularmente una prospección en la que, al terminar la jornada sin éxito, el hijo de la persona desaparecida me dijo: “Nunca voy a volver a buscar a mi papá; me duele demasiado”. Aunque sé bien que no existen garantías absolutas en nuestro trabajo, ese resultado inesperado me hizo sentir profundamente responsable por haber incrementado, sin quererlo, su dolor. A veces, cuando no logramos encontrar a la persona que buscamos, la familia

expresa gratitud por el esfuerzo realizado, pero me pregunto si no es una simple formalidad. En otras ocasiones, la respuesta es únicamente llanto y dolor, es entonces cuando cuestiono si nuestra intervención causó más dolor que alivio.

Al recordar las palabras de Miles Davis sobre las notas que no tocamos, pienso en el principio de “no hacer daño”, mantra institucionalizado en diversas disciplinas, especialmente en medicina a través del juramento hipocrático.

A veces, “no hacer daño” significa precisamente no actuar: cuando la preparación es insuficiente, cuando la información para iniciar una prospección es débil o cuando no se han evaluado con detenimiento las probabilidades de éxito ni las consecuencias de un posible fracaso.

No actuar, hacer menos o aplazar una intervención hasta obtener más información suele percibirse como una negativa hacia las familias de las personas desaparecidas y no cumple con las expectativas del público, de las instituciones e incluso de los propios colegas; sin embargo, puede ser la decisión más importante y responsable que tomemos.

La improvisación es un componente esencial del jazz; un solo improvisado refleja dominio técnico y creatividad artística. Lo que no siempre se comprende es que un solo “improvisado” no es meramente inventado en el momento. Antes del concierto, los músicos contemplan múltiples ideas, invierten tiempo en experimentar y en prepararse para la presentación frente al público. Cada improvisación respeta ciertas reglas de la melodía y la estructura armónica que siguen los acompañantes. Aunque muchas formas del jazz no resultan familiares para todas las audiencias, los músicos practican durante horas para encontrar la expresión precisa y decidir cuidadosamente qué tocar y qué omitir.



Al igual que otros servidores públicos, quienes nos dedicamos a la ciencia forense y a la búsqueda de personas desaparecidas estamos impulsados por un genuino deseo de ayudar. No obstante, nuestro trabajo se orienta hacia la sanación de heridas emocionales, psicológicas, sociales y políticas profundas. Lo hacemos con dedicación y cariño. Precisamente por eso, lo que decidimos no hacer puede representar el acto más valiente e importante de todos.

Siempre habrá quienes critiquen las notas que dejemos de tocar, pero los verdaderos expertos —aquellos artistas que toman en serio su oficio y priorizan el bienestar de quienes reciben su trabajo— entienden que tocar de la manera adecuada no es sencillo. Requiere extensa preparación, contemplación, cálculo y juicio crítico para decidir qué hacer, cuándo hacerlo y cómo hacerlo. Del mismo modo, no actuar, respetar el silencio y aguardar hasta el momento oportuno —aunque esto genere incertidumbre y abra espacio para las críticas de personas impacientes o menos experimentadas— suele ser lo que conduce al mejor resultado posible. ❄



Escucha
In a Silent
Way de Miles
Davis

